



Poemas

J. G. COBO BORDA

¿Estaré condenado
solo a soñarte?
No compartiré contigo
ni un gramo de realidad?
¿La fuerza irreprimible
con que una mano se aferra a otra
para no ahogarse
en el fragor del éxtasis?
Despides una luz
a la distancia de sesenta
cuadras
que te enmarca
y transmite el calor
de una conflagración
En ella me consumo
sin redención.

¿Estaré condenado
solo a soñarte?

¿No compartiré contigo
ni un gramo de realidad?

¿La fuerza irreprimible
con que una mano se aferra a otra
para no ahogarse
en el fragor del éxtasis?

Despides una luz

a la distancia de sesenta cuadas

que te enmarca

y transmite el calor

de una conflagración

En ella me consumo

sin redención.

Usar
en línea
propio:
Cobo

Cuando a los 97 años
dejó de comer
se adelgazaron los dedos

y los anillos
comenzaron a caer.



Sin motivo alguno
ni tener nada concreto que decir
tomé la tarjeta y marqué tu número
(número que ya debía saber de memoria).
Nadie contestó.
Pero al momento era tu voz
donde mente y corazón
se habían puesto de acuerdo
para lograr ese pequeño milagro
de súbita felicidad
en que la mujer de trote y vitaminas
se mantiene alerta para subsistir
más allá del abrumador caos
de los archivos
y brindar una complicidad alegre
que se prolonga por horas
y no se debe dejar morir
como lo refrendan estas líneas.
También sin motivo alguno
y nada concreto que decir
llega tu carta
impregnada de azules
y gatos que duermen al sol
sobre piedras milenarias
¡Cuántos siglos!

Y llegas también tú
pródiga de vino y chocolates
y frascos de especias
para enriquecer las pastas:
ajo, piñones y romero.
Sigues con tus exploraciones viajeras
y asumo, feliz y resignado,
que te amo en alma, cuerpo y letra escrita
Así te subrayo y te descifro
en el mar y la frontera,
en olvidos y resurrecciones,
lejana e inmediata.
Entre el computador y el archivo
y la referencia inconseguible
rastreada
en todas las bibliotecas del mundo.
Pero algún día la hallarás
topándote con el secreto:
un beso púnico
que obnubilará la conciencia
y hará de esa piel,
blanca y clásica,
algo más que una estatua
renacida de nuevo
bajo el azul de Salerno
y el sol del trópico

Hay un bloque de mármol insensible
del cual debemos extraer
una mujer vibrante
que ya no es muda
sino que canta y lee poesía
en voz alta.
Apoyada en la pared
para no caer
su conmovedor caminador metálico
es señal de aliento.
Y siete dedos rígidos
de una mano para rascar la espalda
la estremecen
al pasar por dorso, piernas,
en la caricia más dulce.
Una comunicación inmediata
llamando con insistencia
despertando dormidas capas
de nervios apagados.
Sorprendida al constatar un vínculo
surge una diosa griega
con canasta de flores
sobre el mármol, y descalza
va hacia el altar de la ceremonia
como en este poema,
éxtasis y sacrificio a la vez.

sin motivo alguno
ni tener nada concreto que decir
tome la tarjeta y marque tu número
(mínimo que ya deba saber de memoria).
No te contesto.
Pero al momento era tu voz
donde mente y corazón
se habían puesto de acuerdo
para lograr ese pequeño milagro
de súbita felicidad
en que la mujer de trote y vitaminas
se mantiene alerta para susurrar
más allá del abrumado caos
de los archivos
y transmitir una compleja
que se prolonga por horas
y no se debe dejar morir
como la...



que el computador y el archivo
la referencia inconseguible
castro
en todas las bibliotecas del mundo.

en algún día la hallaras
abandote con el secreto:
un beso pario
que obnubilare la conciencia
y hama de esa piel,
blanca y clásica,
algo más que una estatua
renacida de nuevo
bajo el azul de Salernus
y el sol del Tropic.

Llega tu carta
impregnada de azules
y gatos que duermen al sol
sobre pinceladas milenarias
¡Cuántos siglos!
y llegas también tu
panadiga de vino y chocolates
y frascos de especias
para enriquecer las pastas,
ajo, piñones y Romero.
Sigue con tus exploraciones viajeras
y asumo, feliz y resignado,
que te amo en alma, cuerpo y letra escrita
Ahi te subriago y te descifro
en el mar y la frontera,
en olvidos y regresaciones

La malgeniada
tiene manos de hada
y muy pronto a sus pacientes
los dará de alta.
Reconstruye la piel calcinada
y cremas y gasas
levantan de nuevo
las ruinas del corazón
hecho trizas.
Blancura de enfermera
y dones de hechicera
por mucho tiempo deja al herido
cavilando sobre ese nombre
que surgió de súbito:
La bien aparecida.

Cuando a los 97 años
dejó de comer
se adelgazaron los dedos
y los anillos
comenzaron a caer.

J.G. Cobo Borda

Hoy un bloque de marmol insensible
del cual debemos extraer
una mujer vibrante
que ya no es muda
sino que canta y lee poesia
en voz alta.
Apoyate en la pared
para no caer
Su caminador metálico
es señal de aliento,
y siete dedos rígidos
de una mano para rasar la espalda
la estremecen
al pasar por dorso, piernas,
en la caricia mas dulce.
Una comunicacion inmediata
de mando con insistencia

Al bañarte
te miras al espejo
y te preguntas
si todavía
ejerces atracción y dominio
con tanta lejanía
de por medio
y asientos
ante este llamado imperioso
y solo tomas el teléfono
pues el número
en la fragmentada memoria
aún subsiste
y dices:

"Buen día, poeta" ■

A JUAN GUSTAVO COBO BORDA

26/9/79

A J. G. Cobo Borda

Gracias por los poemas, que he leído con un gran sentimiento de cercanía y de contacto. Esperaré de ahora en adelante conocer más cosas tuyas, porque su poesía me da mucho y se lo agradezco con un abrazo,

Julio Cortázar